

La espina del gato



YOLANDA REGIDOR

La espina del gato

NOVELA | **B**erence

© YOLANDA REGIDOR, 2017
© Editorial BERENICE, S.L., 2017

www.editorialberenice.com

Primera edición: marzo de 2017
Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA

Impresión y encuadernación: CPI BLACK PRINT
ISBN: 978-84-16750-31-3
Depósito legal: CO-94-2017

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Hecho e impreso en España / *Made and printed in Spain*

*Al numen de esta novela:
Buenaventura Sánchez, mi abuelo.*



«Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra
manera y, sin embargo, sucedieron así».
Miguel Delibes, *El camino*.



I

Siempre hay un estornino rezagado. Siempre. Ese que estropea la figura que se desplaza, titilante, sobre el fondo azul cielo. Qué color tan variable, azul cielo; su apellido no concreta nada; y sin embargo, el cielo es siempre el mismo: el que veo ahora con ruido de motores de fondo era ese que veía, tumbada sobre el prado, sin más sonido que el de los cencerros de las vacas, y también es el mismo que aquel del que caían bombas. Este cielo. Precisamente este cielo era.

Al final me ha sido inevitable estar aquí. Después de tantos años, quién me iba a decir que tendría que tragarme mis tontunas y volver a pisar esta ciudad, la mía, que ya no lo es desde hace trece lustros. Se dice pronto. Pero han pasado lentos; los lustros, digo. Han transcurrido mansos como el agua distendida después de los rabiones. Y en el fondo, confiaba en que acabasen mis días de esa forma, y que la muerte me llegase inesperadamente sin tener la oportunidad de volver a plantearme la idea de contar mi historia, de cumplir eso que fue, de alguna manera, como un pacto de quita y espera con la parte de mí que quería morir, una prórroga que me concedí para escribirlo mientras aguardaba algo. Pero no lo hice. Y suponía que ya nada, porque creí que el tiempo de la espera había pasado; que ya no había nada que esperar, que no hacía falta. Eso es lo que debe pasarle exactamente al estornino. Cree estar en el árbol definitivo y, de repente, le sorprende una nueva desbandada de sus compañeros de viaje. Otra vez, tras la barahúnda, el dolor de extender las alas cansadas.

Mi nieto es informático. Mucho más listo y bastante mejor persona que sus padres. Trabaja para una empresa internacional que se dedica a encontrar a gente. «Cualquier individuo, vivo o muerto —dijo—, siempre que cuente con una fotografía». No dudé de sus palabras. Le indiqué con la mano que me aguardase un momento, y se quedó, paciente, tomando el último sorbo de café. Busqué, entre los miles de libros atesorados por mi esposo, un ejemplar de *Las últimas banderas*, de Ángel María de Lera. No me costó dar con él. Sabía perfectamente dónde estaba y lo que contenía entre sus páginas, desde 1969.

—Encuentra a este. Al más alto —le dije en un tono entre la súplica y el reto. Cogió la fotografía sin apartar la vista de mí, sorprendido por una avidez que no esperaba y, quizá, por un brillo en los ojos que no conocía.

—¿La niña eres tú?

—Sí.

—¿Dónde estáis? Me suena esa fachada, esa calle.

—Es la Gran Vía de Madrid. Esto era el Teatro Fontalba, que en esos años se llamó el Popular.

—Joder, claro... El Stradivarius de Gran Vía. Y al lado, justo a vuestra espalda, es donde ahora hay un Starbucks.

II

Sonrío. Sonrío acordándome de esa tarde cálida de primavera en el jardín de casa, con mi querido nieto. Ha pasado muy poco tiempo. Tan solo hace unos meses que mi idea sobre el Madrid de hoy era muy distinta. Había creído a pies juntillas todas las quejas sobre el estrés, la contaminación y la mala vida que parecía ofrecer esta ciudad. Lo exageré incluso, ahora lo sé, en la esperanza de que mi determinación de no volver estuviese más que justificada, hacerla cada vez más firme. Hasta el final de mis días. Pero resulta que hay pájaros. Y resulta que hace un día claro y que desde aquí, desde el balcón de este inmueble en Marqués de Villamagna, puedo observar la misma ciudad de entonces. Decido al instante que no volveré a creer a la gente que ve mi infancia en blanco y negro. Sin reproches, es lo normal; pero no los creeré más. Porque, en este momento, vuelvo a ver el color de aquellos días y a escuchar el mismo sonido de aquellas noches.

Suena una sirena.

Sé que no es el primer recuerdo que tengo. Nadie se acuerda de su primer recuerdo; pero basta que uno, cualquiera, aflore a tu mente cuando te haces esa pregunta por primera vez, para que sea considerado, de por vida, lo primero que guardaste en tu memoria. Y a mí me brota no una imagen, sino un ruido: el ruido de aquel día; y entonces, todas las vivencias anteriores y posteriores se reorganizan respecto a ese momento, como si justo ahí comenzara a ser consciente de la vida, de tener que hacerme cargo de ella inevitablemente tras oír el pistoletazo de salida.

Sin embargo, el sonido no es el de un disparo, sino el de una sirena, una alarma distinta a la que yo estaba ya, desgraciadamente, acostumbrada. Fue un aullido grave que, rápidamente, subió el tono y se extendió hasta el infinito, como se extienden las cosas en la infancia; como se estira el miedo del indefenso, del ignorante, del que nada sabe de hasta dónde pueden llegar sus males. Y tan solo hace falta que ese sentimiento de terror se sostenga con intensidad durante unos minutos, para que sea imposible ya salir indemne. A mí, por ejemplo, se me clavó una espina. Aún la siento. Acabo de notarla justo en la palma de mi mano, que sigue crispada después de aferrarse al barandal mientras pasaba la ambulancia.

Entro y cierro los batientes de la balconada. Me doy la vuelta. Es el salón. Los muebles son otros, pero yo lo decoro de nuevo en mi cabeza a la moda del treinta y siete. Y luego se suceden las imágenes de la misma estancia al estilo fané del treinta y ocho y, finalmente, a la rigurosa usanza del treinta y nueve.

Tres años de vida tuvo el monstruo. Yo lo vi nacer. Se llamaba guerra y tenía forma de pulpo sin cabeza. Sí, para mí la guerra tuvo siempre esa forma. Ahora no recuerdo bien el porqué; supongo que la idea animalizada de la contienda la saqué de algún *TBO* de la época. Fuera como fuese, era una imagen acertada: algo sin cerebro, sin ojos, pero con muchos tentáculos dando palos de ciego, todos ellos imprevisibles, devastando lo que pillaba; algo sin causa pero con miles de diferentes consecuencias.

Y aunque todo pendía de lo que aguantase aquella bestia, yo tenía por cierto que sus días estaban contados, pues mi madre lo decía continuamente; cuando acabe la guerra haremos esto, o cuando la guerra termine, lo otro. Y todo el mundo sabía que eso sucedería, pero no se sabía cuándo. La esperanza de que fuese pronto y la certidumbre de que la noticia de su final sería inesperada, como una sorpresa, una maravillosa sorpresa para brindar con champán, era lo que hacía a todos «tirar pa'lante», como decía mi abuelo.

Yo era demasiado pequeña como para tomar en serio algo emocionante que llenó Madrid de movimiento, entusiasmo y música a principios de aquel tórrido verano. Durante un tiempo aún conservé la vida de una niña que jugaba. Jugaba; sencillamente jugaba. Sin embargo, pronto ese simple proceso se hizo complejo, pues tenía que olvidar para jugar porque jugando olvidaba. Hay algo terrible en una niña que se plantea eso, algo aciago y definitivo. Debía dejar al lado una molestia, un peso, algo que me oprimía el alma y que mi madre, a pesar de su fingido optimismo y su alegría de mentira, no era capaz de evitarme, pues el motivo era precisamente la pena que sentía por ella, que ya no reía, que la veía, tras su careta, llorar amargamente. Y es que la mayor desdicha de un niño es ver la tristeza de su madre, sentir sus heridas, aun sin saber de razones; porque, cuando creces, olvidas que de pequeño puedes oler el miedo y oír los pensamientos, todavía sin entenderlos. Es por eso que yo recuerdo, mucho más que sus palabras, las sensaciones que de ella emanaban y, sobre todo, la terrible idea de gravedad que se desprendía de ese afán de fingir para mí. Y en esa incomodidad confusa pasé unos meses, hasta que se me clavó la espina. Entonces ya sí comprendí la causa de sus heridas y el motivo de sus miedos, pues empezaron a ser los míos. Y debido a aquello, y como las cosas siempre pueden empeorar, comenzó a pasarme algo extraño. Me quedaba en un estado inconsciente durante un rato, que podía variar entre unos pocos minutos o unas cuantas horas, algo raro para lo que, todavía hoy, no se tiene más que el vago diagnóstico de «alferecía». Y así podría haber quedado si a don Pascual, un médico de niños con fama de eminente doctor, no se le hubiese ocurrido, muy convenientemente para él, pronunciar las palabras: «posible epilepsia». Así que, cuando ocurría, mamá no reparaba en peligros ni gastos y me llevaba a su consulta. La última vez no le cobró.

—Bueno, doña Elena, no debe usted preocuparse en exceso. El sistema nervioso de los críos es un misterio. Seguramente, en cuanto termine todo este barullo, a su

hija se le pasen todos los males. No obstante, hace bien en traerla para descartar cosas más graves.

Don Pascual miraba a mi madre de una manera que hacía que yo deseara con toda mi alma que volviese mi padre de la guerra, esa maldita guerra.

—¿Qué sabe de su marido? ¿Sigue defendiendo Santander?

Y después de responderle mi madre que sí, o que eso esperaba, se enfrascaron en una conversación sobre batallas, generales, muertos, fusilamientos,... esas cosas de las que, por cotidianas, se hablaba con un poco más de afectación cada día. Yo estaba inquieta; así que me dediqué a jugar con un tintero de base abombada que había sobre la mesa. Él miraba a mi madre, pero de reojo no me quitaba la vista a mí. Consciente de estarle fastidiando, seguía dando ligeros golpecitos en el tintero de metal, que balanceaba peligrosamente. «A ver cuánto aguanta antes de reñirme», pensaba. Hacer aquello fue muy poco inteligente por mi parte, pero era solo una niña y ya se sabe: los niños, aunque posean entendimiento, tienen poco juicio y no pueden evitar hacer lo que les sale de las tripas. Y lo que a mí me salía era incomodar hasta la cólera a aquel petimetre. Así, llegó un momento en el que ya era él o yo; su objetivo o el mío; seguir la conversación con mi madre o interrumpirla de una vez. No me quedó otra que empujar más fuerte.

El eminente doctor de niños aguantó, pero el tintero no. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, al río negro lo vi deslizarse lentamente; fue anegando unos papeles de esos que parecían importantes y acabó precipitándose hasta la alfombra de terciopelo roja que teníamos a nuestros pies; un chorrito, una gota, otra, otra más... Todavía puedo verlo con claridad. Todavía, a veces, sigue lloviendo tinta en mis pesadillas.

Mi madre había estado tan absorta en la charla, que aquello le cayó absolutamente por sorpresa. Se ahogó en un «Dios mío, ¿qué has hecho?», y luego se deshizo en súplicas de perdón mientras se afanaba por recomponer todo aquel desastre. En su desconcierto, sacó un pañuelo

que llevaba en el bolso; uno que le había regalado mi padre las navidades pasadas, y quiso limpiar aquello de una manera absurda. Supongo que fueron los nervios, pero luego habría de llorar por ese pañuelo. Y yo también.

Don Pascual me clavó su mirada un segundo, se incorporó sin mucho sobresalto y rodeó la mesa para tranquilizar a mi madre.

—Serénete, doña Elena. No pasa nada. Son cosas que suceden y yo estoy acostumbrado. Hágase cargo de la cantidad de niños que pasan por aquí. Hace tiempo que debí deshacerme de ese chisme; el tapón nunca cerró bien.

—Sí, pero fíjese... Ha sido culpa mía. Estaba distraída y mire ahora... esto no va a salir así como así... —admitía ella cada vez más azorada.

Don Pascual salió un momento de la habitación y llamó a una tal Clara que, según él, se encargaría de todo. Por un momento pensé que sería un hada madrina, pero resultó ser la criada. Mi madre le preguntaba una y otra vez qué podía hacer para compensar todo aquel cataclismo, porque no podía comprarle otra alfombra en esos momentos, ni recuperar los documentos, pero si había algo que ella pudiese hacer, lo que fuera, ella... ella podría preguntar algún remedio en la tintorería y volver esa tarde, ella podría intentar... ella...

—Chsss... No va usted a hacer nada de eso, pero sí me gustaría que viniese esta tarde— dijo él. Yo hubiese preferido, a toro pasado eso sí, que don Pascual, montado en cólera, nos hubiese echado de su consulta; ya me entendería yo fuera con mi madre; pero lejos de hacer eso, el eminente y sí, ahora debo reconocerlo, vistoso doctor, se acercó a mamá, demasiado, y la silenció con una tierna sonrisa—. ¿Le gustaría tomar un café conmigo? Podríamos seguir hablando sobre... Detesto tener que dejar una conversación con una persona inteligente y, por desgracia, ahora debo atender a otros pacientes que esperan.

Ante el estupor de mi madre, que no se atrevía a contestar, don Pascual se puso un poco nervioso, quizá pensando que ella podía tomar aquello como una proposición indecente dado el estado civil de mamá, y se apresuró a

aclarar que por supuesto sería en algún lugar público. Tartamudeó algo sobre si le gustaba el Café Recoletos o si era muy esnob para su gusto... o yo que sé, porque dejé de oírle. Empezaron a zumbarme los oídos y, poco después, sentí una presión en la garganta, como si uno de aquellos tentáculos de la guerra quisiera estrangularme, esa maldita guerra, que tenía la culpa de lo del tintero y de que mi padre no estuviese allí.

No sé si era un acto consciente o inconsciente; tal vez era yo la que aguantaba la respiración. Quizá contenía el aire con la idea de dejar de existir, pues a mi edad yo ya sabía que los muertos, al menos los que morían por la guerra, dejaban de respirar. Por eso se sabía que habían muerto, o por eso se morían. Sí, yo no creo que tuviese ninguna rara enfermedad en mi cerebro; si acaso era la espina, que se me estaba enconando. A veces me desmayaba, pero aquel día, allí, en la consulta del médico de niños, cuando la cara iba a estallarme del calor y la presión, rompí a llorar. Mi madre, aún aturdida por la intensidad de los acontecimientos, se acercó a consolarme, y él aprovechó la situación para hacerse el bueno conmigo y de paso acercarse a mamá. «Venga, no ha sido nada», me decía a mí acariciándome la cabeza. «Se ha asustado, la pobre», le susurraba a ella con gesto comprensivo. Era listo, muy listo; pero mi padre lo era más. La guerra acabaría, papá no iba a tardar en volver y entonces, brindaríamos con champán. Mamá me pondría el vestido de flores rosas, mi favorito, el que me hizo con los patrones y la ayuda de Luisa, nuestra vecina, que «tiene unas manos que si tuviese gusto se habría hecho rica».

—Dale dos centímetros más —dijo mi madre con la voz que pone siempre cuando juega conmigo a las princesas— que luego, cuando menos te lo esperas, dan el estirón y todo les queda pequeño.

—Sí, y sobre todo porque no sabemos cuándo ni cómo acabaremos... si es que salimos vivas de esta —replicó Luisa mirándola de reojo por encima de los lentes. Quizá era la primera vez que yo veía esa expresión, ese gesto sibilino de la gente que disfruta tajando cualquier atisbo de

alegría ajena, pues desde entonces pude identificarlo e identificar, con él, a las malas personas.

Mi madre bajó de nuevo la vista a la pieza de tela estampada con flores rosas que tenía en el regazo, siguió cosiendo y respondió ya con el tono de siempre, en voz muy baja: «Sí, sobre todo por eso». Y ese susurro continuó repitiéndose en mi cabeza como si sus palabras cayesen y cayesen a un pozo sin fondo. Vi cómo su rostro se apagaba y la sala y mi mundo entero se oscurecía por la falta de su luz. Todo quedaba en silencio; un silencio que también era oscuro. Es entonces, mientras me acompaña esa tiniebla, cuando nuestra vecina Luisa se convierte en «la Luisa», y yo odio a la Luisa, esa mujer sin gusto. Ha entristecido a mi madre, Dios sabe por qué de tal forma, pero a mí no me importan las razones; yo he de vengar el quebranto.

—Luisa, y a ti ¿por qué no te gustan las cosas?

—¿Qué cosas?

—Las cosas, todas. No te gustan las cosas porque no tienes gusto —dije con el tono de las princesas—. Si lo tuvieras, serías rica. Pero no lo tienes.

Mi madre, con la boca abierta, no daba crédito a lo que acababa de escuchar, y la Luisa, que empezó a iluminar de nuevo la estancia con el arrebol de sus mejillas, me preguntó, con deje contenido, que quién me había dicho eso. Mi madre se apresuró a contestar por mí:

—Son cosas de niños, mujer. Ya sabes, oyen cosas en la calle y luego las repiten como loros.

La Luisa bajó la cara y dio la última puntada. Rompió el hilo con los dientes, dejó la aguja en el acerico, dobló la falda del vestido a medio hacer y lo dejó encima de la mesa. Se quitó los lentes y los metió en el bolsillo de su delantal. «Vale por hoy. Tengo que hacer la cena», dijo sacudiéndose los hilos que se le habían quedado pegados a la falda. Recogió su costurero y fue hacia la puerta. Mi madre la siguió de forma teatral, sonreía forzosamente y en menos de diez segundos quiso invitarla a un café antes de que se fuera, le preguntó si su hijo saldría en el desfile «que con lo guapo que es, luciría un montón», se ofreció

para tenderle la colada y le dio las buenas noches, el hasta mañana, el que duermas bien y el que descanses.

Mamá me echó una buena bronca. Me aleccionó sobre las cosas que se dicen en casa, que, por lo visto, debían quedar en casa, y me hizo prometer que nunca jamás diría a nadie de fuera lo que hablaba conmigo, o a otras personas lo que oyese en casa cuando ella hablase con otra gente, o a la persona de la que dijeran algo lo que oyese en la calle a alguien... en fin, que me estuviera calladita y ya está.

Al día siguiente la Luisa no apareció por casa, y mi madre ni se atrevió a preguntar. Me dijo que, por mi culpa, quizá no volviese, y que entonces yo habría perdido un vestido y ella una amiga.

Pero volvió. Y mientras cosían, hablaban de esto o de lo otro, pero mamá no utilizó ya nunca más la voz de las princesas ni la Luisa volvió a mirarme.

Cuando terminaron aquella prenda, y más para compensar que para celebrarlo, mi madre sacó dos copitas y apuró lo poco que quedaba en la botella de anís. «Porque sea el primero de muchos», dijo invitándola a brindar. La Luisa no dijo nada, solo esbozó una mueca por sonrisa y bebió su anís.

Una vez que el vestido estuvo planchado, mi madre me lo colocó, me peinó, me puso unos calcetines de ganchillo muy blancos, un platillo en las manos con galletas de vainilla y llamó a la puerta de su casa.

—Luciría más si no estuviera tan flaca —dijo la Luisa mirando el vestido y haciéndome girar sin miramientos—. Le ha quedado demasiado grande.

—Pero mujer, en los tiempos que corren ¿qué niño va con su talla?

En ningún momento me miró a mí. Solo miraba su obra, lo que debíamos considerar importante, lo que debíamos agradecer. Y lo hicimos; ella, en cambio, no dio las gracias por las galletas, ni tampoco hubo más vestidos. Mi madre había desperdiciado el anís que le quedaba con una tonta que no tenía el más mínimo gusto. Pero no importaba, porque aquello no había sido una celebración

como Dios manda. La gran celebración sería con champán el día que por fin terminase la guerra. Y para ese evento, yo tenía mi vestido de flores rosas. No podía quedar mucho ya, y además, con los dos centímetros más que le habían dado, el que yo me lo pusiese ese día era seguro. Era el vestido más bonito del mundo, aunque lo hubiese hecho esa babieca.

Me harían tirabuzones en el pelo y mamá me colocaría un gran lazo, haciendo juego. Ella se daría un poco de colorete en la cara con esa bola tan suave que guarda en el primer cajón de la cómoda, el único que tiene llave, y se recogería la melena en un moño dejándose una onda a un lado de la frente, tal y como le gustaba verla a papá porque «le resaltan los preciosos ojos color avellana». Se calzaría los zapatos de tacón de los domingos, y yo los míos de charrol blanco. Me quedan ya algo pequeños, pero no tengo otros que me vayan con el vestido. (Lo digo con el tono de princesa). Entonces iremos a buscarle a la estación, y mi madre estará tan nerviosa como en Navidad, cuando le dieron un permiso a mi padre y pudo volver del frente y estar con nosotros durante tres gélidos días.

La tarde es muy fría, pero entre la gente no se está mal, al menos de momento. Mamá hace todo lo que puede por aproximarnos a las vías. Cuando ya es imposible llegar más cerca, nos paramos, y aunque ella sabe que aún no ha llegado el tren, intenta localizarlo entre el tumulto; lo hace con unos movimientos de cabeza que a mí me parecen muy graciosos. Me río, y mi madre me pregunta de qué. Se lo digo y ella sonrío de verdad. «¿A que parezco un búho?» dice. Yo no sé o no recuerdo qué hacen los búhos, pero intuyo que ahora no es el momento de preguntar.

Mi madre, que me ha tenido agarrada la mano desde que salimos de casa, la aprieta ahora con más fuerza. Tengo ganas de que me suelte, pero sé que no es el momento de soltarse.

Yo no veo nada, solo el abrigo negro de una señora enorme que hay delante de mí y que huele mal. Me gustaría ser alta como mamá, y poder ver, librarme de aquel abrigo apestoso. Quisiera que mamá me aupase, pero comprendo que no es el momento de pedirselo. Además, ya peso mucho para eso. Aguanto sin decir nada durante siglos.

De repente, la mano de mamá empieza a moverse, suda, me aprieta y me suelta un poco, vuelve a apretar. Entonces yo entiendo que ya está cerca el momento. Ahora sí; llega el convoy. La miro, está haciendo el búho de nuevo. Me río y se lo digo, pero esta vez no me hace caso, y tampoco sonrío.

La gente se agolpa, los de detrás quieren pasar hacia delante; gritan nombres: «¡Manuel, hijo, estamos aquí!» y cosas parecidas. Mi madre, entonces, sin que yo se lo pida, me coge en sus brazos, supongo que para que no me pisen. Se hace la luz para mí. Me he librado del abrigo negro, que cada vez lo tenía más pegado a mi nariz. Puedo respirar aire fresco y ver.

Veo mucha gente, muchísima gente. Los soldados van saliendo de los vagones; miran a un lado, al otro, y de pronto sonrían, se cruzan un macuto grande de color claro, se quitan la gorra y corren a abrazar a alguien. Todos hacen lo mismo. Pienso que quizá tengan órdenes de hacerlo así.

Por fin aparece mi padre. Mi madre le llama todo lo fuerte que puede: «Juan, Juan, estoy aquí». Yo, contagiada por aquel clamor, también grito: «¡Yo también estoy aquí!». Entonces, mi padre nos ve y cumple con su obligación: sonrío, se cruza aquel saco y corre a abrazarnos apretando la gorra fuertemente con su mano. «No llores, mujer. ¿No ves que estás haciendo llorar a la niña también?» Pero yo no lloro por eso. Yo he visto a mi madre llorar de verdad; sabía que esta vez era de felicidad y los niños de mi edad no lloran de felicidad; es solo que alguien me ha dado un tirón del lazo que llevaba en el pelo y, además, se lo ha llevado. Papá me dice que qué grande estoy, que me ve muy cambiada; que me estoy haciendo mayor en poco tiempo. No se ha visto él.

Nos vamos a casa.

Es Navidad y mi padre, en el saco, me trae golosinas, un cuento de hadas y unos muñequitos de madera que ha hecho él mismo para mí en los ratos de aburrimiento. A mi madre le trae un pañuelo para el cuello; es blanco, con un bordado precioso de mariposas en el mismo tono; se lo ha comprado a una viejita en no sé qué pueblo. Ella promete llevarlo siempre, puesto o en el bolso.

Es Navidad; le han regalado turrón, mazapán y dos botellas de licor, que saca también del petate. Mamá ha preparado la comida favorita de papá: soldaditos de Pavía y ha conseguido,

no sabe cómo, caracoles. El abuelo ha traído pan de Viena de la panadería de su barrio, que ahora solo lo hace en contadísimas ocasiones, y los dos entonamos villancicos, pero pronto dice que ya está bien de patochadas religiosas y se pone a dar vueltas a la manivela de su organillo porque esta noche no es noche de encender la radio. Entonces mi padre me saca a bailar. Todo es luminoso durante unas horas que quiero eternas. Todos ríen en ese instante que deseo congelar. Porque sé que no durará, que al final siempre hay que irse a dormir, que las películas se acaban, que los caramelos se consumen y que la leña se gasta.

Ya no queda turrón ni licor. Quizá por eso la abuela no puede evitar echarse a llorar y maldice la guerra. Mamá también llora, y el abuelo, con el puño en alto, se pone a insultar a varios generales, a una «mula» y una «yegua» que por lo visto van a echar a perder el país. Y los días que restan son más bien tristes, porque de manera continua flota en el ambiente la proximidad de la marcha.

De nuevo se va. La espina sigue ahí.

Pero eso no ocurriría «cuando la guerra termine». Cuando acabase, esperaríamos a mi padre en la estación. No sería Navidad; no tendría que llevar abrigo y sería posible lucir mi vestido. Yo no perdería mi lazo rosa; nos iríamos a casa muy contentos y le contaría a mi padre el accidente del tintero en la consulta del médico de niños. También le avisaría de que tuviese cuidado con la Luisa porque no tiene ningún gusto. Él se reiría a carcajadas, porque él siempre se ríe a carcajadas por lo que digo, aunque ni yo ni mi madre entendamos por qué, aunque las dos acabemos riendo también con él; y después de comer su plato preferido, bailaríamos sin miedo a que acabase la música, y brindaríamos con champán. Y así serían todos los días de mi vida.

III

Habían pasado solo unos meses desde la primera vez que nos refugiamos de los ataques aéreos cuando mi madre, por fin, me licenció. Me enseñó ella a leer y a escribir antes de ir a la escuela, ya que era maestra; pero una falta mínima en un dictado siempre retrasaba el gran día. Aunque yo le había oído decir que había aprendido a pasos agigantados, jamás me lo hubiese hecho saber; sin embargo, a veces, se contradecía cuando, sin reparar en mi presencia o, tal vez, sin ser plenamente consciente de mi entendimiento, le contaba a mi padre: «Es muy lista, Juan. A veces creo que demasiado. Se fija en todo y todo lo recuerda. Lo malo es que también lo pregunta todo y todo lo habla». Cuando recuerdo esas últimas palabras no me reconozco en la niña que fui; me doy cuenta de cuántas personas diferentes podemos ser a lo largo de la vida. «Lo pregunta todo y todo lo habla». Algún tiempo después no hizo falta preguntar más. Era inútil cuestionar las cosas, y era en vano pronunciar palabras que resultaban ya impedidas.

El Grupo Escolar donde trabajaba mi madre y en el que yo estuve escolarizada durante poco tiempo, se llamaba Ricardo Fuente y estaba en la calle Toledo. Desde muy pequeña me gustaba meterme en su aula y dibujar con los lápices de colores que tenían aquellos niños tan mayores y que mamá no me dejaba llevar a casa porque eran propiedad del Ministerio. Por entonces no iba aún con regularidad porque no tenía la edad, y aunque mi padre me hubiese llevado a un parvulario, decía mi abuela que eso era «de cagones» y yo no lo necesitaba porque no era ninguna pobre huérfana. Así que me dejaban en casa con

ella, que siempre estaba discutiendo con el abuelo porque desde que frecuentaba el Café Madrid y se juntaba con quien se juntaba no había vuelto a misa, y le insultaba llamándole masón, que no debía ser muy grave porque él se reía.

«Menudo momento para mudaros, con la que está cayendo»; repetía ella una y otra vez en el verano del treinta y seis. Hasta entonces habíamos vivido en su casa. Era el cuarto piso de un edificio muy bonito en el centro de Madrid, en lo que ya por entonces llamaban la Gran Vía; estaba cerca del edificio de Telefónica, en el cual trabajaba mi abuelo; «Fíjate, fíjate cómo rasca el cielo», y me hacía sentir tan grande como él por el privilegio de entrar allí cada vez que quería.

Recuerdo que a veces me iba a buscar a media tarde. Me compraba unos caramelos de miel en la dulcería de abajo, en la que la mujer que atendía y mi abuelo parecían tener un santo y seña. Ella decía: «Crecen como la mala hierba», y él contestaba: «Es que es lo único que tienen que hacer». La señora sonreía mientras le daba el cambio, se despedían cordialmente y después me llevaba al rascacielos o íbamos dando un paseo hasta una horchatería de la calle de Alcalá, donde le conocían mucho y todo el mundo era muy amable con él y conmigo. Ocupábamos una de aquellas mesas de mármol; pedía un café con aguardiente y para mí una horchata o una limonada, lo que yo quisiese. A su gesto, se acercaba la cigarrera y él le compraba un cigarro puro que ya traía en la mano. Luego, siempre se arrimaba algún señor con periódico y acababa sentándose con nosotros; y mientras ellos hablaban de política o de cosas que yo no entendía, me dedicaba a observar, a través de los grandes ventanales, a la gente que pasaba por la calle. Elegía a alguna persona que estuviese parada y fijaba mi vista en ella, sin un solo pestañeo, con la intención de que me mirase a mí y así comprobar el quimérico poder de mis ojos. Cuando empezaban a dolerme y lagrimear, mi abuelo apuraba su café y se despedía porque la fumarada de ese sitio no podía ser muy buena para una niña. Él no sabía de la magia de aquella niebla ni

de su capacidad para revelar al genio del humo. Sí; un día, entre los grandes ventiladores colgados del techo, se me apareció y me dio tiempo a pedirle tres deseos. Se trataba de un juego de té de porcelana para jugar a las casitas. Venía metido en una preciosa cesta de mimbre y llevaba un mantel de cuadros rojos y blancos. Yo lo había visto, días atrás, en un escaparate de camino a la horchatería y me había pegado al cristal. Le dije a mi abuelo que me gustaba mucho y que si creía que mi madre me lo compraría. Él contestó que resultaba muy caro porque lo vendían todo por separado: los cachivaches, la cesta y el mantel. Iba a decirle que me conformaba con lo que él llamaba «cachivaches», pero al final no lo hice porque ya era una niña terca y sabía que echaría tanto de menos la cesta y el mantel que acabaría aborreciendo las tazas. Sin embargo, no dejaba de plantearme aquella posibilidad mutilada cada vez que pasábamos por delante. Hasta que un día se me apareció el genio de humo y se lo pedí con todas mis fuerzas. Le rogué los tres elementos, uno por cada deseo a que tenía derecho. Cuando volvíamos a casa y pasamos por allí, el juego de té ya no estaba en el escaparate. Llegué a casa con ganas de llorar y maldiciendo a la niña que se lo habría llevado todo; ya no me quedaba ni siquiera la esperanza de «algún día», «cuando tenga un real y muchas perras», «si te portas bien quizá los Reyes Magos»... pero cuando entré en el comedor de mi abuela había un paquete encima de la mesa. Ella me dijo que era para mí, que lo habían traído unos pajaritos volando. Era, por supuesto, el maravilloso juego de té de parte de mis maravillosos abuelos.

Desde entonces, cada vez que iba a la horchatería, buscaba al genio entre el humazo, y aunque me pareció verlo alguna vez de pasada, ya nunca más se hizo nítido como aquella tarde y no tuve ocasión de darle las gracias.

Así, de esa manera, creí yo que todo lo que deseara con mucha fuerza se cumpliría, genio o hada mediante, claro está, y no siempre estaban.

Mi madre, tan castellana ella, me requisó el juego de té, lo puso a buen recaudo y solo me lo dejaba ver de vez